

Una vez embalsamado el cuerpo, y vestido de pontifical, fué llevado á la capilla real de Palacio, y puesto sobre un bufete de terciopelo negro bordado de oro, y en cuyos ángulos habia otros tantos candeleros de plata con velas encendidas. En el suelo, cuatro blandones tambien de plata, con sus respectivas hachas.

Toda la capilla, que entonces era como la del Palacio real de Madrid, estaba colgada hasta el suelo con paños negros. La cabeza del difunto prelado descansaba sobre un almohadon de terciopelo negro, con caireles de oro y seda negra y borlas de lo mismo. Sobre el hombro del lado izquierdo tenia el báculo pastoral. La casulla y todo el pontifical era de tafetan morado guarnecido de oro y seda morada, y los guantes de oro y seda. Una mitra de gran precio cubriale la frente, y sobre los hombros tenia el palio, y un pectoral no menos valioso.

A su cabeza estaba el guion de Capitan general, y la cruz de Arzobispo en la mano derecha. A las pies del féretro, dos mazas reales de plata sobredorada, una de cada lado, y en medio el capelo arzobispal.

Durante tres dias, permaneció así la capilla ardiente, acudiendo en ellos un concurso innumerable compuesto de los caballeros y damas nobles de la corte vireinal, y de todas las clases de la sociedad que acudian á besar por la última vez la mano del pastor que tanto habian amado. Los patios y corredores del palacio estuvieron siempre henchidos de gente durante aquellos tres dias, y se hacia imposible transitar por ellos.

Las religiones, con cruz alta, los ministros, las parroquias y colegios, asistieron á la capilla, á cantar responsos, despues de las vigiliás y misas que se decian en Catedral en los altares que fueron señalados al efecto á cada Orden, para evitar la confusion.

El cabildo eclesiástico fué el último que llegó con sus capellanes y músicos á cantar la vigilia y misa en la capilla real en que estaba el cuerpo del Sr. GARCÍA GUERRA.

Mientras tanto, las campanas todas de la ciudad no cesaban de doblar, ni habia cesado de decirse misas fúnebres en los templos.

La Audiencia abrió los pliegos dejados por el arzobispo-virey, y vióse por ellos que instituyó sus albaceas testamentarios, al Lic. Diego Nuñez de Morquecho, oidor de la real Audiencia; al Dr. D. Juan de Salcedo, arcediano de la catedral, al Mtro Fr. Luis Vallejo, calificador del Santo Oficio y Provincial de Santo Domingo; y al Dr. Luis de Villanueva Zapata; personas todas de prudencia y de importancia entre las del reino.

Los oidores, á pesar de las humildes prescripciones del difunto prelado, acordaron hacerle los funerales que le correspondian, por reunir en su persona el doble carácter de Lugarteniente del Soberano, y jefe de la Iglesia mexicana; por lo que, de acuerdo con los albaceas nombrados ya, dispusieron y ejecutaron el entierro con la mayor grandeza que hasta entonces se habia visto en estas regiones.

A pesar de que un gentío innumerable llenaba las calles de México, reinaba en ellas tanto silencio y tristeza, que el mas indiferente habria tomado parte en el duelo de los habitantes de la capital. Cubriéronse de luto los oidores, los regidores, y oficiales del regimiento de ciudad, la Universidad, los contadores de la Real Hacienda, el Consulado, los inquisidores, todos los tribunales, y los caballeros todos.

La real Audiencia dió orden al Secretario del Gobierno de la Nueva España, Pedro de la Torre, de que mandase hacer en las calles por donde debia pasar el entierro, cinco *posas*, á regular distancia unas de otras, y cubiertas de terciopelo negro. En la primera, frente al palacio vireinal, fué puesto el féretro al bajarlo de la capilla en hombros de los oidores. Allí lo recibieron el Dean y cabildo eclesiástico y lo condujeron á la segunda *posa* situada en la esquina de las casas arzobispales, tambien en hombros. En esta lo esperaba el cabildo seglar, y los regidores llevaron el cadáver por las calles del Reloj, hácia la de Santa Catalina de Sena hasta dar vuelta á la calle de Donceles. En la encrucijada que forma esta calle con las de Cordobanes y Santo Domingo se hallaba colocada la tercera *posa*, en que la Real Universidad recibió el cuerpo del difunto virey-arzobispo. Los doctores de la misma

corporacion lo condujeron á la cuarta que habia sido puesta en la plazuela del Marqués del Valle.¹ En este lugar aguardaban el Prior y cónsules que debian conducir el féretro hasta la última *posa* colocada en la real plaza, frente á las puertas de la iglesia mayor, donde volvieron los oidores á recibirlo, y entrando al templo, á depositarlo en un túmulo lleno de magestad y grandeza, resplandeciente con centenares de luces.

Servian el túmulo pages con hachas encendidas, y un rey de armas al pié, con dos maceros á los lados. El servicio fúnebre comenzó en la tarde del 25 de Febrero.

Reuniéronse en palacio, la real Audiencia, Contaduría, Ciudad, ó Ayuntamiento como hoy decimos, Universidad, Consulado, los oficiales de caballería, los clérigos, todas las Ordenes, conventos, parroquias y cofradías.

El entierro salió de esta manera:

Iban en primer término los *Niños de la Doctrina*² con hachas de cera blanca, encendidas; luego 38 cofradías con sus estandartes, campanillas, cruces y ciriales; en seguida los hermanos de San Hipólito, los de San Juan de Dios, los PP. de la Compañía de Jesus, los religiosos Mercedarios, los Carmelitas descalzos, los Agustinos, los Franciscanos, y por último los de la Orden de predicadores á que perteneció el Sr. GARCÍA GUERRA.

Cada convento llevaba su cruz alta y ciriales de plata y remataba su comunidad con Preste y Diáconos, revestidos. Las cofradías y comunidades nombradas, iban por orden de su antigüedad, y en pos la clerecía con la cruz alta de catedral. Eran mas de cuatrocientos clérigos con sus sobrepellices. Detras de la clerecía iba la Capilla de la Iglesia mayor, y por último los prebendados del cabildo eclesiástico, cubiertos con sus capas de coro.

Iba el cuerpo del difunto arzobispo-virey, vestido de pontifical morado; á sus pies el capelo, y un bonete con borla blanca, insignia de Maestro de Teología; despues, el crucero y el guion del arzobispo cubiertos de luto, en medio de dos reyes de armas, con sobrecotas de raso negro, y en ellas doradas las armas reales, y mazas de plata en los hombros.

A los lados del féretro iban cincuenta soldados de la guardia ordinaria del virey, al mando de un teniente. D. Andrés Guerra, sobrino del difunto, que era capitan de aquella guardia, no pudo desempeñar su oficio porque estaba entre los oidores con otros dos primos suyos.

Para hacer plaza, venian los alabarderos con las alabardas en las manos, y arrastrando las cuchillas por el suelo, vestidos de bayeta y descubiertos.

Detras del cadáver, iba el arcediano de México D. Juan Salcedo, y los diáconos que debian officiar con él.

A estos seguian el tribunal del Consulado vestido de luto; la real Universidad con sus bedeles y maceros, representándola sesenta y cuatro doctores graduados en ella y que llevaban las insignias de su facultad, en la forma en que concurrían á los grados. Despues el regimiento y cabildo seglar de México, llevando por delante á sus porteros y maceros con mazas de plata al hombro; en seguida la Real Audiencia y los tres sobrinos del virey difunto; luego un oficial de S. M. que portaba un estandarte de raso negro con las armas reales de Leon y de Castilla, doradas por ambas caras; tres compañías de infantería de que se habia hecho leva para Filipinas; los arcabuceros en hileras de á siete, con las armas á la funerala; dos cajas destempladas y un pífano ronco; los soldados de batalla llevando los hierros de las picas en las manos, y arrastrando las banderas; otras dos cajas roncás y un pífano.

La retaguardia era tambien de arcabuceros con cajas y pífanos, á las órdenes del sargento mayor que llevaba sus ayudantes.

A estos seguia el maestre-sala del virey, con loba larga y una media pica negra, cruzada por lo alto, y en ella una sobrecota de armas, de raso negro, en que por ambas partes estaban doradas las del virey difunto, las cuales pueden verse en la lámina puesta al frente de esta biografía. A los lados del maestre-sala iban dos reyes de armas con las de Castilla y

¹ La que hoy llamamos calle del Empedradillo.

² Así se significaba á los niños de las escuelas.

Leon; luego venian el caballero del Sr. GARCÍA GUERRA y el gentilhomme de su cámara con lobs largas, y que traian del diestro sujeto con unas bandas de tafetan negro un hermosísimo caballo *despalmado* y encubertado de luto, sin que de todo él se descubriese mas que los cascós, y arrastrando una falda de mas de ocho varas de largo, de que cuidaban los lacayos con lobs. Otro gentilhomme del virey, armado y de luto desde las escarcelas hasta la celada, caballero en hermoso alazan encubertado de luto, llevaba el guion de capitán general, que era de terciopelo carmesí con las armas reales de oro, bordadas en él.

Remataban el acompañamiento todos los criados de palacio con lobs negras y capirotos de bayeta sobre las cabezas, guiados por el mayordomo con un bastón en la mano.

En el órden que acabamos de describir entró la fúnebre comitiva á la catedral, en cuyas puertas se habia colocado una guardia para impedir que el pueblo invadiese los lugares señalados á las Ordenes, tribunales y demas acompañantes.

Los alféreces abatieron las banderas delante del túmulo y las depositaron á los piés del cadáver; á la izquierda de éste se puso la cota de las armas del Sr. GARCÍA GUERRA y á la derecha la cruz arzobispal. El guion fué colocado en lo alto.

Terminados los oficios, ya muy entrada la noche, bajaron el cuerpo, del túmulo, y puesto en un ataúd, fué sepultado en el altar mayor, del lado del Evangelio.

Durante el novenario, cada religion iba á cantar una misa, con asistencia de los oidores, Ayuntamiento, Universidad y consulado, y otra el cabildo eclesiástico.

El miércoles de Ceniza, 7 de Marzo de 1612, por la tarde, se reunieron en palacio las mismas personas que formaron el cortejo fúnebre, y en el mismo órden descrito, fueron á la catedral. Cantóse solemnemente la vigilia, y D. Pedro Martínez, mexicano, catedrático de Prima en la facultad de Cánones, maestro en Artes y Doctor en ambos derechos, pronunció una elegantísima oración fúnebre en latin. Al dia siguiente volvieron á la Catedral los que á la vigilia habian concurrido y predicó un notabilísimo sermón que despues se imprimió, el Mtro. Fr. Luis Vallejo, provincial de Santo Domingo y albacea del difunto. ¡Era este sermón el elogio postrero que se hacia del virtuoso prelado, de quien nadie tuvo motivo de queja sino antes al contrario de gratitud; á quien todos amaron y cuya muerte fué llorada por todos!¹

Fué sin duda una pérdida lamentable para nuestra patria, la ocasionada por la muerte del Illmo. y Exmo. Sr. D. Fr. GARCÍA GUERRA. Su ilustracion y su virtud hacian que se reuniesen en él las buenas cualidades de que debe estar adornado un funcionario. En su doble carácter de jefe de la Iglesia y del Estado habria podido hacer grandes beneficios á nuestra patria; pues contando como contaba con el amor del pueblo, habria gobernado sábica y pacíficamente la Nueva España, y esta habria adelantado en el camino de la ilustracion y de la prosperidad.

Desgraciadamente, desde su recepcion tuvo que sufrir, por el suceso referido en su lugar, y despues sus enfermedades le inutilizaron por completo, hasta conducirlo al sepulcro.

1 Hemos tomado los pormenores referidos, de la *Historia* MS. ya citada. Ella ha sido nuestro mejor guía en la formacion de este bosquejo biográfico, pues eran muy lacónicas, y por lo mismo muy escasas de interés, las noticias consignadas en Gil Gonzalez Dávila, Betancourt, Lorenzana etc. etc., con respecto al Sr. GARCÍA GUERRA, mientras que el P. Franco ocupó los capítulos 37, 38 y 39 de su *Historia de la Provincia de Santiago*, con la relacion de la vida del sexto arzobispo de México. Habriamos trascrito sus mismas palabras, si no hubiésemos creído que hoy aunque interesan ciertos pormenores históricos, desagrada oírlos narrar de un modo prolijo, como antiguamente acostumbraban hacerlo los escritores.